Para mañana

No creemos que se venga abajo ni siquiera que se desquicie el edificio social tal como lo ha construído la evolución y la voluntad de la burguesía lo mantiene en pie. Por adversarios que seamos de su constitución y funcionamiento; por deseos que tengamos de verle desaparecer y sustituirle por una sociedad de seres libres, dignos e iguales en derechos y deberes, no creemos que la tremenda sacudida de la guerra europea sea la piqueta que vaya a demolerlo. Nuestro revolucionarismo no se hace ilusiones a este respecto. Si hay quienes creen, en su ardor revolucionario, que bastaría ahora el empujón de una minoría resuelta para derribarlo, yerran enormemente. Y si hay quienes creen que las clases directoras y poseedoras son capaces de llegar a una extrema reforma de la sociedad capitalista que toque casi en los linderos del socialismo integral, yerran también enormemente.

Argumentemos.

Es claro como la luz meridiana que la gran masa obrera no ha sentido ni comprendido el ardor revolucionario de la minoría resuelta que hubiese querido intentar tamaña empresa. Repartida aún entre diversas creencias religiosas, sentimientos patrióticos, sueños imperialistas, convicciones republicanas, esperanzas democráticas y propósitos reformistas, tiene todavía fuerte raigambre en el pasado y en el presente, aunque la labor proselitista de las diversas minorías socialistas hayan conseguido filtrar vislumbres de un porvenir mejor en el corazón y en la mente de una buena parte de la masa. Ha bastado que se afirmara la acción y la propaganda burguesa en un momento de discrepancia de dos grupos de intereses capitalistas, para que la masa obrera se sumara a estos intereses capitalistas y los defendiera sangrientamente en sus respectivas naciones. Ni los cuatro millones de votos socialistas alemanes han sido un obstáculo, ni todo el espíritu de rebelión del sindicalismo autónomo saturado de anarquismo han creado dificultades a los gobiernos. Más aun: les allanan el camino.

¿Qué significa esto? Pues sencillamente, que las minorías socialistas habían fundado demasiadas esperanzas respecto al grado de convicción y fuerza de acción colectiva de la multitud obrera, la que, llegado el momento de prueba, ha prestado más oídos, como dijimos en anterior artículo, a las propagandas del nacionalismo que a las del internacionalismo. La burguesía es, pues, indiscutiblemente, en estos momentos, una fuerza que no amenaza ruina cercana. Lo porque, sobre la ignorancia de la gran masa, tiene la intelectualidad de los variados escritores políticos que la defienden; lo es porque, sobre la pobreza económica de los partidos obreros, ella deslumbra con el poderío de su oro; lo es porque, sobre la desunión y desorientación proletaria, ha puesto el espíritu de conservación y un claro criterio de sus intereses de clase privilegiada: lo es porque, a la pobreza de organización obrera, ha podido poner todos sus organismos defensivos y lanzarlos a la acción. Hasta ha sabido copiar y explotar en propio beneficio el espíritu de libre solidaridad internacional de los partidos socialistas, nacionalizándolo obligatoriamente, y, en cierto modo, internacionalizándolo otra vez en sentido político gubernamental. Es así como, si no se ha producido una gran corriente internacionalista genuinamente obrera que se opusiera a la belicosidad de las burguesías, vemos en cambio el espectáculo de dos grandes grupos de naciones *federadas* para la guerra, es decir, que han permanecido sus fuerzas económicas, intelectuales y morales y sus energías todas para atacarse y defenderse militarmente. *Ha querido* la guerra porque *ha podido* hacerla, como decíamos el señor Argente.

¿Quiere esto decir que es invencible, que nada podrán contra la burguesía los ataques de los socialismos y de los sindicalismos? De ningún modo. El sistema político-capitalista del trabajo caerá cuando tenga que caer; cuando, a medida que se acreciente la fuerza orgánica del proletariado, decrezca la de la burguesía. Pero esto pertenece al futuro. Presentemente hay que rendirse a la evidencia de los hechos y éstos dicen elocuentemente que contra ellos se estrellará el estuerzo de rebelión de cualquier minoría resuelta que fuese bastante osada para intentarlo. Ni de ejemplo serviría en momentos de apasionamiento y exaltación patriótica como los presentes. Aconsejarlo sería una temeridad reñida con el más rudimentario espíritu de observación y de conservación.

¿Qué hacer, pues? ¿Abandonarse a la corriente y seguir su curso? Lejos estamos de conclusión tan contraria a nuestras convicciones socialistas. Iremos desarrollando el por qué.

Por fuerte que sea la organización político-capitalista del trabajo, no puede durar indefinidamente. Si es ilusorio derribarla de un porrazo, ilusoria es también la esperanza de los gobiernos burgueses de poder mantener siempre a raya al proletariado, como ilusoria es la creencia del vulgo burgués de que su edificio social tendrá la solidez y la duración de las pirámides egipcias.

Y sin embargo, gobiernos y burguesías propagan esta ilusión y en esta ilusión hacen comulgar a buen número de proletarios. Aquí una aclaración. Sobre este particular la burguesía está dividida. Hay la que cree a pies juntillas que la actual sociedad capitalista y autoritaria no puede perecer, y la que temiéndolo así se propone alargar su duración, modificándola, reformándola, adaptándola algún tanto a las nuevas corrientes, pero sin aceptar su solución íntegra. Del primer grupo ni hay que hablar. Son elementos atávicos y regresivos sin mentalidad suficiente para comprender la ley de la evolución. El espíritu reformista del segundo grupo ya se encarga de decirle que las aguas de los ríos no remontan su curso. No se lo repetiremos nosotros. Pero sí diremos a este segundo grupo que tampoco los ríos, por impetuosa que tengan su corriente, pueden rebasar la orilla del mar más allá de algunas millas. Aquí se detienen y otras aguas predominan. Por esfuerzos que haga esta burguesía más ilustrada, no puede dejar de reconocer que evolución significa transformación, desaparición de organismos menos perfectos ante otros más perfectos.

Así lo comprende, pero por natural espíritu de conservación, tiene la pretensión de que podrá hacer subsistir el sistema político-capitalista mucho más tiempo *retardando* el avance proletario. Esta burguesía es evolucionista a esta sola condición. Evolucionar, sí, pero lo más lento posible. Comprende que llegará un día en que el socialismo —entendemos por socialismo el que se propone expropiar totalmente a la burguesía y socializar la tierra y los instrumentos de trabajo— la arrollará, pero quiere conservar el privilegio de la propiedad y el monopolio de la producción para sí, con exclusión de la gran masa proletaria, cuanto más tiempo le sea posible. De ahí que esta burguesía, que no es lerda aunque tenga este egoísmo, se haya hecho reformista. Ha pensado en un *reformismo* de sus instituciones únicamente cuando el clamoreo socialístico de los proletariados le ha dado a entender que podía ser un peligro para ella oponerse demasiado ruda y abiertamente a la reivindicación obrera. No es reformista por amor al prójimo; lo es por apego a sus privilegios. No lo es por espíritu de justicia; lo es por conveniencia. No lo es por convicción ideológica; lo es por cálculo. Y, naturalmente, su reformismo es como su evolucionismo. Un evolucionismo lo más lento posible y un reformismo que lo sea también lo menos posible. Tan firme es este su propósito, que, por odio al verdadero socialismo, hasta llega a llamarse socialista. Cree que de este modo, disfrazándose de oveja, no se le verá el pelaje del lobo. (Hasta tenemos ya inclusive un socialismo católico, y el camarada J. J. Morato declaraba el otro día en el *Heraldo de Madrid*, que los mauristas trabajan por crearse una fuerza obrera sindicalista.) Este evolucionismo burgués se resentirá del freno regresivo del otro grupo burgués más reaccionario, y aunque tenga el auxilio y el apoyo, a veces, de los partidos socialistas-demócratas, será preciso espolear a todos con la actividad de nuestra crítica y de nuestra acción. De lo contrario caerían en el quietismo.

Ahora bien; si nosotros la creemos capaz de hacer todas aquellas reformas que no atenten fundamentalmente a su privilegio de propiedad, no podemos creerla dispuesta, ni ahora ni nunca, a suicidarse hasta el punto que se figuran los que la creen capaz de llegar al socialismo. El cuento tártaro de que la nobleza renunció *voluntariamente* a sus privilegios, y la suposición de que la burguesía puede algún día imitar a la nobleza, es bueno para los niños, no para los que sabemos que los privilegios nobiliarios fueron renunciados cuando vieron los nobles que sus caudillos hacía tiempo que iban siendo presa del fuego y su autoridad quedaba desconocida por el pueblo armado.

Y es por esto que calificamos de ilusión todas estas esperanzas que el proletariado demócrata —jamás socialista, aunque de tal alardee— de la burguesía respecto de la eficacia del reformismo burgués, antes, durante, y para después de la guerra. Si la astucia de la intelectualidad burguesa ha podido crear un partido sedicente socialista; si ha podido con él atraerse a una parte mayor o menor del proletariado; si de este modo ha podido neutralizar en parte la influencia del socialismo y de los sindicalismos? De ningún modo. El sistema político-capitalista del trabajo caerá cuando tenga que caer; cuando, a medida que se acreciente la fuerza orgánica del proletariado, decrezca la de la burguesía. Pero esto pertenece al futuro. Presentemente hay que rendirse a la evidencia de los hechos y éstos dicen elocuentemente que contra ellos se estrellará el esfuerzo de rebelión de cualquier minoría resuelta que fuese bastante osada para intentarlo. Ni de ejemplo serviría en momentos de apasionamiento y exaltación patriótica como los presentes. Aconsejarlo sería una temeridad reñida con el más rudimentario espíritu de observación y de conservación.

¿Qué hacer, pues? ¿Abandonarse a la corriente y seguir su curso? Lejos estamos de conclusión tan contraria a nuestras convicciones socialistas. Iremos desarrollando el por qué.

Por fuerte que sea la organización político-capitalista del trabajo, no puede durar indefinidamente. Si es ilusorio derribarla de un porrazo, ilusoria es también la esperanza de los gobiernos burgueses de poder mantener siempre a raya al proletariado, como ilusoria es la creencia del vulgo burgués de que su edificio social tendrá la solidez y la duración de las pirámides egipcias.

Y sin embargo, gobiernos y burguesías propagan esta ilusión y en esta ilusión hacen comulgar a buen número de proletarios. Aquí una aclaración. Sobre este particular la burguesía está dividida. Hay la que cree a pies juntillas que la actual sociedad capitalista y autoritaria no puede perecer, y la que temiéndolo así se propone alargar su duración, modificándola, reformándola, adaptándola algún tanto a las nuevas corrientes, pero sin aceptar su solución íntegra. Del primer grupo ni hay que hablar. Son elementos atávicos y regresivos sin mentalidad suficiente para comprender la ley de la evolución. El espíritu reformista del segundo grupo ya se encarga de decirle que las aguas de los ríos no remontan su curso. No se lo repetiremos nosotros. Pero sí diremos a este segundo grupo que tampoco los ríos, por impetuosa que tengan su corriente, pueden rebasar la orilla del mar más allá de algunas millas. Aquí se detienen y otras aguas predominan. Por esfuerzos que haga esta burguesía más ilustrada, no puede dejar de reconocer que evolución significa transformación, desaparición de organismos menos perfectos ante otros más perfectos.

Así lo comprende, pero por natural espíritu de conservación, tiene la pretensión de que podrá hacer subsistir el sistema político-capitalista mucho más tiempo *retardando* el avance proletario. Esta burguesía es evolucionista a esta sola condición. Evolucionar, sí, pero lo más lento posible. Comprende que llegará un día en que el socialismo —entendemos por socialismo el que se propone expropiar totalmente a la burguesía y socializar la tierra y los instrumentos de trabajo— la arrollará, pero quiere conservar el privilegio de la propiedad y el monopolio de la producción para sí, con exclusión de la gran masa proletaria, cuanto más tiempo le sea posible. De ahí que esta burguesía, que no es lerda aunque tenga este egoísmo, se haya hecho reformista. Ha pensado en un *reformismo* de sus instituciones únicamente cuando el clamoreo socialístico de los proletariados le ha dado a entender que podía ser un peligro para ella oponerse demasiado ruda y abiertamente a la reivindicación obrera. No es reformista por amor al prójimo; lo es por apego a sus privilegios. No lo es por espíritu de justicia; lo es por conveniencia. No lo es por convicción ideológica; lo es por cálculo. Y, naturalmente, su reformismo es como su evolucionismo. Un evolucionismo lo más lento posible y un reformismo que lo sea también lo menos posible. Tan firme es este su propósito, que, por odio al verdadero socialismo, hasta llega a llamarse socialista. Cree que de este modo, disfrazándose de oveja, no se le verá el pelaje del lobo. (Hasta tenemos ya inclusive un socialismo católico, y el camarada J. J. Morato declaraba el otro día en el *Heraldo de Madrid*, que los mauristas trabajan por crearse una fuerza obrera sindicalista.) Este evolucionismo burgués se resentirá del freno regresivo del otro grupo burgués más reaccionario, y aunque tenga el auxilio y el apoyo, a veces, de los partidos socialistas-demócratas, será preciso espolear a todos con la actividad de nuestra crítica y de nuestra acción. De lo contrario caerían en el quietismo.

Ahora bien; si nosotros la creemos capaz de hacer todas aquellas reformas que no atenten fundamentalmente a su privilegio de propiedad, no podemos creerla dispuesta, ni ahora ni nunca, a suicidarse hasta el punto que se figuran los que la creen capaz de llegar al socialismo. El cuento tártaro de que la nobleza renunció *voluntariamente* a sus privilegios, y la suposición de que la burguesía puede algún día imitar a la nobleza, es bueno para los niños, no para los que sabemos que los privilegios nobiliarios fueron renunciados cuando vieron los nobles que sus caudillos hacía tiempo que iban siendo presa del fuego y su autoridad quedaba desconocida por el pueblo armado.

Y es por esto que calificamos de ilusión todas estas esperanzas que el proletariado demócrata —jamás socialista, aunque de tal alardee— de la burguesía respecto de la eficacia del reformismo burgués, antes, durante, y para después de la guerra. Si la astucia de la intelectualidad burguesa ha podido crear un partido sedicente socialista; si ha podido con él atraerse a una parte mayor o menor del proletariado; si de este modo ha podido neutralizar en parte la influencia del socialismo y de los sindicalismos? De ningún modo. El sistema político-capitalista del trabajo caerá cuando tenga que caer; cuando, a medida que se acreciente la fuerza orgánica del proletariado, decrezca la de la burguesía. Pero esto pertenece al futuro. Presentemente hay que rendirse a la evidencia de los hechos y éstos dicen elocuentemente que contra ellos se estrellará el esfuerzo de rebelión de cualquier minoría resuelta que fuese bastante osada para intentarlo. Ni de ejemplo serviría en momentos de apasionamiento y exaltación patriótica como los presentes. Aconsejarlo sería una temeridad reñida con el más rudimentario espíritu de observación y de conservación.

¿Qué hacer, pues? ¿Abandonarse a la corriente y seguir su curso? Lejos estamos de conclusión tan contraria a nuestras convicciones socialistas. Iremos desarrollando el por qué.

Por fuerte que sea la organización político-capitalista del trabajo, no puede durar indefinidamente. Si es ilusorio derribarla de un porrazo, ilusoria es también la esperanza de los gobiernos burgueses de poder mantener siempre a raya al proletariado, como ilusoria es la creencia del vulgo burgués de que su edificio social tendrá la solidez y la duración de las pirámides egipcias.

Y sin embargo, gobiernos y burguesías propagan esta ilusión y en esta ilusión hacen comulgar a buen número de proletarios. Aquí una aclaración. Sobre este particular la burguesía está dividida. Hay la que cree a pies juntillas que la actual sociedad capitalista y autoritaria no puede perecer, y la que temiéndolo así se propone alargar su duración, modificándola, reformándola, adaptándola algún tanto a las nuevas corrientes, pero sin aceptar su solución íntegra. Del primer

su emancipación completa, es decir, franca y resueltamente de espaldas al error religioso, a la farsa política y a la servidumbre económica. Al estruendo de las armas sucederá la lucha de las ideas. Mientras las burguesías capitalistas continuarán extrayendo del trabajo proletario todo el rendimiento máximo que puedan, los partidos políticos, hechura de los diversos grupos capitalistas, lucharán otra vez por el poder gubernamental que da honores y comodidades. Y hasta queremos admitir el mejor de los supuestos: que las burguesías capitalistas quieran ser generosas con sus sacrificados esclavos o que los grupos políticos tengan bastante fuerza para imponer a aquellos unas reformas de agradecimiento. Queremos hasta desechar la posibilidad de que esta guerra de por resultado un salto atrás, una regresión a un mayor poderío de las fuerzas capitalistas y gubernamentales. (Veáse apéndice al final.)

¿Qué habremos adelantado? Nada más que reanudar las luchas de ideas, un poco más enconadas, suspendidas por el desencadenamiento de la guerra. Como hombres estudiosos podrán interesarnos todos los problemas que los intereses económicos y las influencias políticas vayan planteando; pero como socialistas y anarquistas no debemos caer en el lazo que la burguesía tenderá al proletariado para continuar teniéndole sujeto. No podemos hacer una revolución que haga tabla rasa de todas las tiranías y no podemos por los motivos antedichamente apuntados; pero no debemos caer tampoco en el ilusionismo reformista y sumarnos a la miopía de las multitudes engañadas por la verbosidad desencadenada por los nuevos apetitos políticos que querrán abrirse paso camino del poder. Nosotros queremos ir más allá de lo que se propongan la conveniencia o el interés de los diversos grupos burgueses. No tenemos un ideal de mediocres de sievos contentadizos. Queremos la libertad, toda la libertad, sin más limite que el respeto a la libertad del vecino que recíprocamente nos respete la nuestra. Queremos la igualdad en las condiciones de vida, toda la igualdad dentro la solidaridad de intereses comunes, sin restricciones que la hagan dependiente del más mínimo privilegio. Y queremos esta igualdad y libertad para todos los hombres. Si éstos no quieren escucharnos, tanto peor. Como no queremos emanciparles, sino que aprendan a emanciparse, no somos gubernamentalistas y sabremos esperar.

No podemos evitar que los hombres actuales continúen esclavos o de su propia ignorancia y de sus bajas pasiones, o del poderío de los hombres de gobierno que se les dicen ser superiores, o de las ambiciones y direcciones múltiples de los encontrados intereses actuales; pero tendremos que desplegar todas nuestras energías morales y mentales para enseñar a los hombres de nuestra época cuán estériles son sus luchas dentro del mezquino, férreo y vicioso círculo en que actualmente se desenvuelven.

Tendremos que intensificar, pues, nuestra propaganda en el seno de la multitud, porque entre la multitud intensificará la suya la burguesía. Si en fuerza de perseverancia, sin desmayos ni vacilaciones, no conseguimos convencer a la gran masa obrera, el porvenir será de la burguesía. Será inútil que nuestro ardor revolucionario llegue al extremo sacrificio de dar cabezadas contra ella si no logramos llevar nuestra convicción al ánimo de la multitud.

Tenemos que persuadirnos que somos minoría y ajustar nuestra conducta a la primordialidad de obtener este convencimiento. Pero no por minoría descorazonarnos o permanecer impasibles ante los acontecimientos. Con perseverancia y tiempo las minorías se vuelven mayoría sin necesidad de desfigurarse. Convencer, convencer y convencer: he aquí la primordial labor que tiene que efectuar el anarquismo. Convencer con el ejemplo de la conducta individual; convencer con el sólido argumento de la lógica y de la claridad del juicio, con la mirada fija en la integralidad de nuestro ideal, sin desviarnos, procurando que nuestra influencia moral y mental arraigue lo más profundamente posible e irradie lo más lejos posible.

Dejemos la bambolla del deslumbramiento momentáneo a la acción política; dejemos la estridencia del lenguaje vacío de contenido ideal a la demagogia populachera o al sectarismo religioso, dejemos la sempiterna amenaza del enano de la venta a la grotesca intemperancia del espíritu autoritario. Demasiado tiempo hemos perdido ya con estos contagios. Lo dice la realidad, lo dicen los hechos. Creíamos tener, no hemos tenido la multitud a nuestro lado. Los golpes hay que darlos al cerebro. Auxilio es convencer, pero es más eficaz persuadir. La acción, la verdadera acción está aquí. ¿No veis cuanto ha prodigado la burguesía esta acción mental para hacerse suya la multitud, a pesar de todos los sofismas con que la ha envuelto? Si sin sofismas sabemos prodigar a manos llenas la nuestra, el porvenir será ennonces del socialismo-anarquista. Y si no, no. Superar la acción mental burguesa para que con las multitudes influídas y convencidas, la venzamos más tarde materialmente, es decir, *revolucionar primeramente los espíritus* con una profusa e intensa propaganda. Una revolución intelectual; esto es primordial. El cómo y el cuándo quedan al buen sentido de los que nos hayan comprendido.

APÉNDICE

La posibilidad de esta regresión regocija a espíritus tan autoritarios como Antonio Maura. Y ello es significativo. Oigámos y subrayemos algunos de los conceptos de su reciente artículo en *La Acción*, titulado «Derivaciones de la guerra».

«Vivir como se está viviendo, bajo la disciplina militar, con la rigurosa eficacia a que ésta se lleva, *imprime carácter de generalidad a la generación actual, sin distinción entre las clases sociales, ni entre las edades, ni aun entre los sexos.* El régimen militar no ha quedado esta vez circunscrito a los ejércitos que combaten, sino que se extiende a toda la población: agricultores, mercaderes, industriales y paisanos. Los más inactivos, ricos y pobres, giran en torno de la guerra, *la cual amolda, o cuando menos cohibe lo que eran antes albedríos individuales*, aun fuera de los hogares innumerables que han sido deshechos, arrasados o arruinados.»

¿No es el sable actuando de raserón? ¿No es la libertad individual cohibida por la voluntad omnímoda de las clases que disponen de la fuerza? ¿No es el aborregamiento en aras de un interés que por muy general que se clasifique se nos antoja alcahuete de los intereses particularistas de los grupos dueños de las riquezas sociales? Y más adelante:

«Así en lo que tiene aspecto público o comunal, como en lo más privado de la vida doméstica, ha sido preciso un desbordamiento inusitado de la autoridad pública. Lejos de sentirse por ello vejados, querrían los ciudadanos acrecentarla.

«No hacen esta guerra los soberanos arrastrando ni compeliendo a sus súbditos, sino que germinó en las entrañas de la sociedad misma.»

El señor Maura confunde los conceptos, bien distintos, de voluntad popular con voluntad de los gobiernos. Los pueblos, digo lo que quiera el artículista, no han sido consultados, no podrán, pues, formar «autoridad pública.» Está por demostrar que «no se ha compelido a los súbditos.» El viejo Liebknecht encerrado en sus palacetes berlineses, Sebastián Faure amenazado en Francia con el fusilamiento si persistía en su actitud de rebelde, son casos que arguyen bastante elocuentemente en contra de la afirmación. Por si esto no fuera bastante, he aquí la opinión del señor Baldomero Argente (véase en nuestro anterior artículo *¿Y mañana?*) cuando dice que «si la masa hubiese «podido» no habría estallado la guerra. Pero la masa no puede impedir lo que deciden quienes la dominan.» Póngense de acuerdo Maura y Argente, que los dos sirven a una misma monarquía.

El que todos tomen parte en la guerra no quiere decir que «así han ido a ella, con serena y madura reflexión. Respecto la masa obrera, le impide el exámen y la resolución el servicio militar obligatorio que no da lugar a elecciones de este género. Convengamos en que sin sus representantes en el Parlamento, ficción y embuste de la soberanía del pueblo; sin el martillico continuo, diario, de la propaganda de los grandes rotativos afectos al interés de las clases privilegiadas, machacando sobre ánimos pasivos y algún tanto gregarios, los «súbditos» no se habrían sentido tan belicosos. La *bestia ancestral* dormitaba, pero no han faltado quienes se han encargado de despertarla. ¿Quiénes? Vuelvo a decir como nos lo dice Angel Ruiz en *La Vanguardia*:

«¿No tienen tanta parte en esta guerra las cuestiones políticas y las ambiciones coloniales como los odios encendidos y los rencores mantenidos entre pueblos y pueblos por cierta prensa y ciertos grupos y ciertas plumas y ciertos oradores, por esa llamada opinión pública que es la que suena y se mueve, y arrastra al fin a aquella parte del pueblo que no tiene opinión? ¿Los que en Alemania y Francia acusaron tantas veces de cobardes a sus gobernantes (pangermanistas y chauginistas); los *jingoes* que en Inglaterra clamaban por que la flota inglesa no había bombardeado, aún sin declaración de guerra, a la alemana; los que en Austria-Hungría encendían los odios contra Rusia; los paneslavistas que en Serbia y Rusia promovían conflictos con Austria; los *irredentistas* italianos...?»

La guerra, eso sí, estaba germinando desde larga fecha, pero no en «las entrañas de la misma sociedad», como cree el señor Maura, sino en la entraña de los grandes grupos de banqueros, de industriales y de comerciantes que, disputándose en tiempo de paz la hegemonía económica del mundo, y sabiendo como descartarse, en la guerra únicamente han visto el modo de obtenerla procurando eliminarse. Y los súbditos, el rebaño, que no ve estos manejos porque andan siempre ocultos detrás de bastidores diplomáticos, se han entusiasmado con lo otro, con la verborrea del periodismo que obedece a la consigna de banqueros, industriales y comerciantes. Sigamos:

«No tan sólo la ciencia, sino también las haciendas y vidas sin medirlas ni contarlas, estan a merced de los conductores de los pueblos; todo se ha vertido en el vaso del patriotismo.»

¿En qué quedamos? ¿Son los «súbditos» los que han querido la guerra, o están éstos «a merced de los *conductores* de pueblos»? ¿Hay, pues, rebaño obediente, no libre, por tanto? Y agrega:

«El momento actual, con su heroísmo, traerá consigo un moldeamiento en los espíritus que variará la dinámica social y política anteriores a este trágico bienio.»

¿Heroísmo? Sea, no regateemos. Quisiéramoslo nosotros para el trabajo que crea riquezas y no para este especial patriotismo que las destruye. Pero no han querido éste, sino aquéllo, los «conductores» de pueblos. Nuestra sensibilidad no puede alabarles el gusto. Allá ellos con él. Que aproveche.

Y el sonsonete de la «variación de la dinámica social y política», de la renovación del mundo. Cada uno ve venir lo que anhela. Cada partido político o religioso cree sallir triunfante de esta prueba. Tal vez seamos nosotros los únicos que nos creamos degenerará después de haberse sacrificado.»

¿No veis la esperanza y el regocijo de las clases directoras? El pueblo se les escapaba, el pueblo se hacía anarquista, el pueblo se les rebelaba, el pueblo se individualizaba, el pueblo se idealizaba, el pueblo se humanizaba... pues arrea para atrás y despertemos a la bestia que dormitaba. No faltan «conductores» para estas empresas de regresión. Y sigue:

«Sería improbable que estos años de confraternidad intensa quedaran después borrados por la lucha de clases.»

Ahí dolía. Ahora, todos hermanos. La revolución igualitaria se ha hecho conservadora, se ha hecho desde arriba, gracias, precisamente, a este especial espíritu de fraternidad que preside las cordialísimas relaciones de los dos grupos de naciones que se destrozan. Ráimonos, porque de no reírnos acabaríamos por tener lástima del señor Maura.

Razones y Palos

No hay mal que por bien no venga...

Decíamos a raíz de la «*victoria*» de la táctica reformista-socialera y «*encerronada*» de los ferroviarios, todo en una pieza:

«¿A qué queda, pues, reducido toco ello?

»A que el presidente del Consejo de Ministros redactará, cuando de ello se acuerde, y *lo mejor sería que no se acordara nunca*, una resolución de carácter general sobre reconocimiento de la personalidad legal de los organismos obreros.

»¡Más trabas, sin duda, más dificultades para el desenvolvimiento de la organización obrera!»

Y no nos equivocamos. La cosa ha resultado peor de lo que nos figurábamos.

En primer lugar, el presidente del Consejo de Ministros *no se olvidó*, dando cumplimiento *incontinenti* a su promesa del real decreto, lo que ya por el sólo hecho de *no haberse olvidado* demuestra lo desfavorable que es para la clase obrera, pues de lo que es algo beneficioso para ella *no se acuerdan nunca* de llevarlo a la práctica...

Y vamos al real decreto:

En primer lugar, la solución romanonista *no tiene carácter general* (respiremos) como había dicho en un principio el conde. El *reconocimiento* de los sindicatos obreros sólo rige para «las Compañías o Empresas industriales que en virtud de concesión del Estado tengan a su cargo servicios públicos.»

Además, el decreto *no obliga* a que la burguesía reconozca la personalidad jurídica de los sindicatos obreros de referencia, pues dice que «sólo podrán no habilitarlas la guerra. Pero la guerra no puede impedir lo que deciden quienes la dominan.» Póngense de acuerdo Maura y Argente, que los dos sirven a una misma monarquía.

El que todos tomen parte en la guerra no quiere decir que «así han ido a ella, con serena y madura reflexión. Respecto la masa obrera, le impide el exámen y la resolución el servicio militar obligatorio que no da lugar a elecciones de este género. Convengamos en que sin sus representantes en el Parlamento, ficción y embuste de la soberanía del pueblo; sin el martillico continuo, diario, de la propaganda de los grandes rotativos afectos al interés de las clases privilegiadas, machacando sobre ánimos pasivos y algún tanto gregarios, los «súbditos» no se habrían sentido tan belicosos. La *bestia ancestral* dormitaba, pero no han faltado quienes se han encargado de despertarla. ¿Quiénes? Vuelvo a decir como nos lo dice Angel Ruiz en *La Vanguardia*:

«¿No tienen tanta parte en esta guerra las cuestiones políticas y las ambiciones coloniales como los odios encendidos y los rencores mantenidos entre pueblos y pueblos por cierta prensa y ciertos grupos y ciertas plumas y ciertos oradores, por esa llamada opinión pública que es la que suena y se mueve, y arrastra al fin a aquella parte del pueblo que no tiene opinión? ¿Los que en Alemania y Francia acusaron tantas veces de cobardes a sus gobernantes (pangermanistas y chauginistas); los *jingoes* que en Inglaterra clamaban por que la flota inglesa no había bombardeado, aún sin declaración de guerra, a la alemana; los que en Austria-Hungría encendían los odios contra Rusia; los paneslavistas que en Serbia y Rusia promovían conflictos con Austria; los *irredentistas* italianos...?»

Compaginando ya este número, recibimos *La Justicia Social*, de Reus y vemos un artículo ratificándose en aquello de la *victoria indiscutible* de la huelga ferroviaria sobre las Compañías explotadoras. Para ello se vale de un artículo del compañero Pedro Sierra, publicado en *El Noroeste*, de Cijón.

Y en el número próximo dremos algo sobre ello.

El Papa, Dios y la guerra

El Papa ha recibido a una representación de los jóvenes de todas las parroquias de Roma, que, según el deseo expresado por el Santo Padre para todas las diócesis del mundo, han recibido la comunión haciendo rogativas por la paz.

Contestando al mensaje leído por el cardenal vicario, monseñor Pompili, el Papa ha pronunciado un discurso en el que agradeció a aquél el haberle procurado la satisfacción de recibir a los niños que acaban de recibir la comunión y de rogar por la paz.

Y entre otras cosas ha dicho:

«Desde hace dos largos años, los hombres que en otro tiempo fueron inocentes y llenos de amor, como vosotros y que ya no están llenos de amor ni son inocentes, se destrozan la inocentísima generalizada, las persecuciones contra la Santa Iglesia, la mala prensa, las sociedades secretas, las escuelas pervertidoras, el espiritismo y mil otros pecados!

Pero hablemos ahora con mayor sobre el plato, ya lleno, de la balanza de la Divina justicia lo hizo caer y ¡vino la guerra!

Y ¿cuál es este tremendo pecado que, llegando al colmo de todos los pecados, movió el brazo omnipotente de Dios para dejarlo caer sobre Europa flagelándola con la guerra mayor que vieron los siglos, causando en todos los pueblos, muertos, estragos, sangre, fuego, lágrimas y toda clase de sufrimientos?

Este gran pecado, ha sido EL VESTIR INMODESTÍSIMO DE LAS MUJERES...»

¡Apreste mos, pues, a reconciliarnos con Dios, y con nosotros los sindistos y las mujeres elegantes!

¡Desde el *Padre Santo* al último cura, acusan a Dios de autor de la guerra a causa de *nuestros* pecados!...

Los culpables de la guerra, no son el Kaiser, ni el Zar, ni Francisco José, ni Eduardo VII; la culpa no es de la alta finanza ni del capitalismo; la culpa es... de las mujeres.

Y no porque las mujeres hayan parido tantos hijos estúpidos y feroces en una sociedad estúpida y feroz, sino porque han usado vestidos inmodestos...

¡Cuánta farsa y cuánta canallería!

Con los dedos cogidos...

El autor de las «menudencias» de *La Justicia Social*, de Reus, si bien demuestra efectivamente ser... muy *menudo* en justa relación con lo que escribe, no obstante nos prueba también que es... la mar de frescales, importándosele un pepino, o una *menudencia* que es algo menos, de que los lectores vean su impotencia para entrar en una discusión que él mismo provocó y de la que ni siquiera sabe huir...

En nuestras «razones» anteriores, en las que no había casi ningún «palo», reproducimos de la propia *Justicia Social* buena parte del artículo *La voz de la conciencia socialista.—Nuestra culpa*, firmado por su correligionario J. Gómez de Fabián y que era una confirmación de lo que nosotros habíamos dicho de que el partido socialista va por los mismos derroteros de los demás partidos burgueses y que hace obra de colaboración con los Gobiernos.

Y a esto, que era un excelente punto de partida para entrar en una discusión provechosa, no contesta *La Justicia*, ni siquiera mencionó el artículo de Gómez de Fabián, pero dice que se ratifica «en que seguir discutiendo (aun no ha discutido absolutamente nada) es perder miserablemente el tiempo».

¡Ah, también califica de «lata» cuanto expusimos, que era casi todo reproducido de sus propias columnas!

Con los dedos cogidos, en la puerta y haciendo visajes ridículos, ha quedado el *menudista* del semanario socialista de Reus.

Y a los ojos de muchos de sus lectores, que lo son también nuestros, ha quedado a la altura de... una de sus *menudencias*.

MONTEGUALDO

SIN MORDAZA

Por fin ha vuelto Barcelona a su «normalidad». Ya pueden los catalanes —y los que no lo son— pasear libremente por donde quieran y como quieran, solos o acompañados; es decir, que vuelve el pueblo a tener la «libertad» de andar de un lado para otro sin que ningún fantoche uniformado se lo impida, lo que quiere decir que la libertad está a voluntad de unos cuantos mequetrefes galoneados.

No parece sino que nuestros gobernantes estuvieseo poseídos de la monomania de la guerra, pues no de otra forma se interpreta ese alarde de fuerza armada que ha permanecido en pie de guerra durante tanto tiempo sin haber ningún enemigo que combatir. Es decir, si que lo hay y este es el obrero; el obrero, que cansado de sufrir hambres, vejaciones y humillaciones, se lanza a la calle impulsado por una chispa razonadora que le deja entrever que tiene derecho a comer, vestir y disfrutar de la vida como el que más, puesto que él es el único que lo produce todo, desde lo más infimo hasta lo superfluo, pero que, no obstante producirlo todo, carece hasta de lo más indispensable para la vida, esto es, de lo necesario para nutrirse a fin de seguir produciendo para que otros, que no producen sino el vicio y la corrupción, sigan disfrutando y derrochando lo que a ellos, los muy ladinos, ningún esfuerzo les ha costado.

Nuestros gobernantes quieren a toda fuerza hacer ver al extranjero que el obrero aquí goza de una existencia plácida y holgada, y en honor a la verdad, cualquiera que se eche a caminar por esas grandes avenidas y demás callejones, lo confirmaría, puesto que es tanta la alfombra de obreros en las plazas de toros, cafés, tabernas y sitios de corrupción, que no parece sino que aquí el dinero se encuentra tirado y a disposición de todos.

Pero, no obstante, si el paseante observa y escucha, pronto se desilusiona, porque todas las conversaciones versarán al rededor de la más negra miseria. Todos se lamentan de la gran carestía y de la escasez de trabajo que existe en Barcelona, de las fatigas que pasan sus compañeras para ponerles ante si el plato cotidiano. Pero claro está; si toda esa falange de obreros que tan estoicamente se embrutecen a fuerza de toros y privaciones buscaran otros lugares de distracción que al mismo tiempo les instruyeran para que, llegado el momento necesario de hacer valer sus derechos, supieran ocupar el puesto que como hombres les pertenece dentro del orden sociológico, no abusarían tanto las autoridades como diariamente lo hacen.

Pero, sin embargo, como los obreros conscientes de Barcelona tienen dadas algunas pruebas de insumisión y rebeldía, no es extraño que a las primeras de cambio el Gobierno tome medidas excepcionales de «precaución» a fin de evitar que el plácido sueño de la burguesía catalana sea perturbado por esos hambrientos que se atreven a rebelarse contra sus explotadores y tiranos, pues la burguesía pretende que el obrero debe estar agradecido, ya que se preocupa de él, aunque más no sea, para explotarlo y tiranizarlo cínica y cobardemente.

¡Imbéciles! Cuán engañados están si tal creen. Los tiempos en que el obrero creía que su bienestar dependía del patrono ya pasaron; hoy sabe que no es él quien debe agradecer que le alquilen sus brazos y su inteligencia, sino que el patrono es quien debería agradecerle que le permita vivir del sudor ajeno. Y como, aunque tarde, el obrero va despertando de ese sueño que durante tantos siglos lo ha tenido sumido en la más grande esclavitud y ve que otros viven sin hacer nada útil a la humanidad, se apresta a entablar esa lucha titánica, cuyo fin será el disfrute integral de todo para todos, o sea el aforismo de que «cada uno produzca según sus fuerzas y consuma según sus necesidades».

Mas no será la burguesía la que se deje arrebatar sus privilegios sin quemar hasta el último cartucho; por eso, al declararse un gremio en huelga, el Gobierno, obedeciendo clamores u órdenes del capital, declara el estado de guerra y hace un derroche de fuerzas para amedrentar y que llegan hasta la provocación.

Limpieza por suspender las garantías personales —de los obreros, se entiende—; queda terminantemente prohibido pensar, hablar y escribir nada de lo que a sus piraterías se refiera. ¡Guay del que llegase a violar estas disposiciones!, pues ya sabe que le espera un pro